

**POESIA
LATINO
AMERICANA
ARGENTINA - VENEZUELA**

**BENTEZ - BISSO - CASTELLANOS - CASTILLA - D'ANNA
HOULIN - IBANEZ - LOVELL - MARTINEZ - NASSIF - POZZI
RUSSO - SALGADO - URIBE - ZANINI - UTRERA - SCHON
TORTOLERO - MONTEJO - BARROETA - OSSOTT - SALAS
FERNANDEZ - HERNANDEZ - ALMELA - HAACK - FLORES
HERNANDEZ PASQUIER - MARGOTRIGIANO LUNA - ZAMBRANO**

EDICION DE POESIA DE ROSARIO Y JUGLARIA

**POESIA
LATINO
AMERICANA**

ARGENTINA - VENEZUELA

POESIA LATINO AMERICANA

ARGENTINA - VENEZUELA

**BENITEZ - BISSO - CASTELLANOS - CASTILLA
D'ANNA - HOULIN - IBÁÑEZ - LOVELL
MARTINEZ - NASSIF - POZZI - RUSSO
SALGADO - URIBE - ZANINI - UTRERA - SCHON
TORTOLERO - MONTEJO - BARROETA - OSSOTT
SALAS - FERNANDEZ - HERNANDEZ - ALMELA
HAACK - HERNANDEZ PASQUIER - FLORES
MARGOTRIGIANO LUNA - ZAMBRANO**

**EDICION DE POESIA DE ROSARIO Y JUGLARIA
ARGENTINA**

2009 - Poesía de Rosario / Ediciones Juglaría
Alvear 350 - (5441) 437 2325
Av. Pcias Unidas 135 - (5441) 459 5964
2000 Rosario - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

*Este libro es un homenaje a Luis Franco,
Jorge Enrique Ramponi, Orlando Florencio Calgaro,
Roberto Santoro, Amelia Saieg, Guillermo Harvey,
Glauce Baldovin y a todos los poetas
que marcaron un rumbo de compromiso
en el quehacer poético.*

Argentina:

«Poesía Latinoamericana» Argentina-Venezuela, es una antología que continúa con la serie emprendida hace años con poetas de Perú, Cuba y México y son las voces de los poetas de éste país, que por su madurez estética y estilística, componen lo que podría llamarse el corpus de la poesía argentina actual.

Ese corpus, configurado por una sólida obra individual de cada uno de ellos, también representa la inclusión de la totalidad de los mismos en las antologías nacionales e internacionales que han aparecido en los últimos veinte años, las revistas de poesía y literatura, y quienes, sin tener favores de la crítica oficial, han recogido de catedráticos, medios culturales especializados y lectores, la mayor difusión, debido en gran parte a la militancia en la palabra con sus ediciones individuales y colectivas, abarcando un amplio espectro nacional, dado sus diferentes lugares geográficos de nacimiento y sitios en los que han desarrollado sus vidas y sus obras. Son las voces que en el género poético y también en otros, no han quedado sumidos en literaturas de orden regional, al amparo de paisajes o remanidos sentimientos, tampoco se han sumado a la pléyade de poetas que escriben a una «moda», o «modismo», que supuestamente pretenden dictar cánones, sino que aún con estilos muy diferenciados, trabajan sobre temáticas de carácter universal, que van desde lo cotidiano hasta lo trascendente en segura búsqueda de la palabra que los muestre en toda su dimensión, manteniendo sus personalidades.

Se han consignado apenas un par de líneas sobre la obra de cada uno, pero en Internet, quien tenga interés por cualquiera de ellos podrá obtener una visión más amplia.

La característica buscada por los antologadores, ha sido privilegiar a quienes aparte de su obra poética, incursionan o han incursionado en otros géneros como la narrativa, el ensayo, el teatro y quienes ejercen la docencia, habiendo incorporado a sus cátedras a otros autores que los de la currícula, avanzando en una actualización permanente.

Se ha tenido en cuenta a quienes han respondido a la invitación y a los que de una u otra manera, pertenecen a nuestra generación y se encuentran relacionados con la «Asociación Poesía de Rosario», «Ediciones Juglaría» y la «Revista Internacional Poesía de Rosario», aclarando mediante este párrafo que quienes hemos seleccionado a los autores incluidos, lo hemos hecho desde la arbitrariedad que supone nuestro saber, puesto que por supuesto hay muchas otras voces de calidad, que sin embargo, por diferentes razones, contratos, etc., han declinado nuestra invitación.

**Guillermo Ibáñez/Reynaldo Uribe
Rosario, Argentina, Agosto de 2008.**

De lo que huye

Pensar que Spinoza murió puliendo lentes.
Que Blake se fatigaba en una imprenta
esperando la conversación de ese día con los ángeles.
Que por vivir Baudelaire se humillaba ante su madre.
Que Rimbaud fue silenciado por Rimbaud,
para que este ingenuo me hable de la literatura.
Como si posible fuera otra cosa que inventar
ante otros la forma de lo informe
y cobrar un salario. Qué persuadido está
de lo improbable. Esas palabras
han erigido congresos y simposios
y prestigios y famas quizá más perdurables.
Y en el centro, el errante, de esta cosa mundana,
ese brillo salvaje que por disfraz,
por burlarse o por escapar aun más
del terco intento, ha inventado
también estas criaturas, seguro
ríe en alguno desde el fondo de la sala.
O mira con piedad su simulacro.

César Vallejo

Por los corredores de la imaginación ir caminando,
libre y solo para siempre, como cuando era
y no sabía que era un niño,
hasta olvidar que estoy imaginando.
Que esta carne pesada, que orina y suda,
en una o dos ideas se resuma
o vuelva bien atrás, a esa casi nada
que casi nada ve en su cielo nublado.
Devuélveme al chimpancé o hazme sólo literatura,
más no me dejes la condición de hombre.
Esto que todo lo pesa en mí
afuera no pesa nada.

La renga

Tan quemada en este mundo,
como el Amor Real en una sola
canción de las radios populares.
Tan odiada la esclava,
la negra, la fregona,
que sus patrones la desfloran
cada noche y ella, pendiente
de aflorar en una sílaba casual,
ella, la pobre, que arde -ahora- sólo en sombras.
Desnudo en la cocina
él juramenta, después de los whiskys,
que una sola cuestión de fe
todavía hay por la Tierra.
Tan indefensa en sus manos de beodo
brilla ética, por sobre todo ética,
la inútil fragua de imágenes,
la renga.

Esta mañana escribí dos poemas

Esta mañana escribí dos poemas.
No me pregunto ya por el sentido
que tiene o no tiene este oficio oscuro.
Simplemente es otra manera, posible, de estar vivo.
Me pregunto por el origen
de esas dos cosas que ahora están sobre la mesa,
no exactamente hechas de papel y de pigmentos.
Por los hombres que lo han dicho mejor
y hoy están muertos.
Por los siglos de guerras y de paces
que entre las palabras han corrido.
Me pregunto los nombres y el semblante
del que en otra parte del globo ha dejado
sobre su mesa otras dos cosas iguales
y que duda también de mi existencia.
Me pregunto por los miles de días y de noches
que han debido transcurrir para que hiciéramos esto.
Por los cientos de personas
que han donado los versos.
Me pregunto por qué, hace un rato,
se ha modificado dos veces este mundo.

Sola

Isla en medio de mí.

Mansa
como manos de agua
mira tan adentro
y me atraviesa.

Isla quieta
sola y bella dama
penumbra silvestre
voz de luna
abrigo de hojas
silencio
brote del asombro.

Una isla en medio de mí
muy adentro.

No saber

El río persigue lo que no fue dado.
¿Bastarían credo, mirada, diálogo,
ascender al espacio de inmortal verdor?
De haber diluvio, sacramento, caos
en el cielo y en la tierra ¿tendría
la eternidad rumbo de aguas estancadas?

Están brotando ojos en medio de la isla.
Alrededores de espuma. La serpiente ignora
y desliza fuego de cometa terrenal. El destino
no existe en su veneno ni en mis palabras.
Miro el río. Estremece no saber lo que da.

Garza mora

Serpentea el alba.
Con plumaje de luz
busca la fina porcelana
en el fondo de la laguna.

Abandona su vuelo
quien desde la orilla ignora
la armonía del cosmos fluvial
y comienza a desandar
el quebrantado rumbo del día.

Entre dos cielos,
la vida descansa en una sola pata.

En algún lugar

Hubo un río.

Tallarás este epitafio
en el viento de la memoria
y cada vez que asomes a la orilla
me encontrarás fluir entre aguas lilas,
no buscándote
sólo yendo, siempre yendo
con fragmentos de amor
esparcidos en remansos.

a Guillermina B.

Julio Castellanos

Pro Séneca

Ya lo sabes, la vida
es apenas poco más
que una brizna de polvo, una basura
incómoda en el ojo;
ése que constata
los impúdicos grosores de los cuerpos,
ya las jóvenes líneas de vejez
que viajan paulatinas nuestro rostro.

Nada para hallar. Esa basura
que vuela y en su vuelo busca un ojo
en el que hallarse, al que irritar,
volviéndolo
derrames, telarañas,
es todo lo que hay. Eso es la vida.

Después de ella, sólo el mito;
el más acá, el otro
sentido sin sentido.

Coloquio en el umbral

Perdido en las ondulaciones que veía
o creía ver en su cuerpo,
le hizo un obsequio
(un apretado suéter) «que debiste
haberme regalado hace treinta años».

Ella dice esto: Él reconoce
que alguna razón pueda asistirle.

Pero él dice también: «es hoy
cuando te tengo cerca,
y esta grata certeza disimula
mi torpe anacronismo».

«Hasta es lícito pensar – él argumenta –
que te encontré en el momento justo: treinta años
antes de que fuera demasiado tarde».

«Vanas son tus dotes persuasivas – le contesta –
vana tu retórica de bachiller humanista;
lo único cierto es mi verdad:
verme seca, con la muerte a cuestas;
no olvidar los dientes que me arrancaron los años,
no olvidar la oscuridad huida en tus cabellos».

Escena de encuentro

Ella le propuso esperarlo en el andén
con un blanco vestido y un sombrero
rebosante de camelias blancas.

Él le pidió que además
tuviese una flor rojo sangre
entre sus manos.

Aunque no ignoraran que el amor
es aire bienvenido que en el aire
del tiempo habrá de dispersarse,
es precisamente en sus umbrales
que toda exaltación se justifica.

Al bajar hacia el andén la vio entre la gente
con su sombrero rebosante
de camelias blancas.

Él llevaba entre sus manos un corazón sangrante
tan rojo sangre como la ausente flor
que ella apenas sostenía.

Presentación de libro de poemas

De los doce presentes, eran al menos siete los cobijados del viento impiadoso y de la lluvia.

Por cierto, la presentación del libro de poemas se hizo siguiendo la preceptiva corriente: halagos entusiastas disimulados entre pálidas elipsis.

Los náufragos simulaban interesarse en el libro pero en realidad su preocupación era estar atentos a una pausa que pudiera regalarles el afuera.

Los más impacientes se aventuraron en medio del oprobio tormentoso y huyeron, raudos y seguramente resignados a la conveniencia de una mojadura por sobre los líricos fervores.

Pero otros, -tres o cuatro-, llegaron al final e incluso compartieron palabras amables con el poeta y algún sándwich acompañado por vino servido en vasos inestables.

Mientras todo transcurría, ella, permaneció tan distante de pláticas poéticas como de los guarecidos de intemperie.

Al final, comentó, con susurrante y tímida elegancia: «mientras ustedes hablaban, yo me ponía crema en las manos».

Leopoldo «Teuco» Castilla

V

Cuando la línea cae del equilibrista
se vence la pared izquierda
mientras la derecha abandona el campo

la cuerda
 salta al vacío
en un suicidio sin acción

el equilibrista
en tierra
 inerte
es un punto

 el primero
 de una nueva línea
sobre la que alguien
 ya
da un paso
y otro
 y otro
 conteniendo la respiración.

VIII

Unidos por el hilo de la conversación
caen descarnados al pozo
que ellos abroquelan
y que debe ser la vida.

Vistos desde el fondo del pozo
sus ojos entran por afuera,
ya no saben llegar.
Mirados por la muerte.

El círculo resiste aunque no queda nadie.
Siempre
a alguien
se lleva una palabra.

Hablan
para verse

tardan en nacer

alrededor de esa mesa
donde todo
absolutamente todo
es salida.

XIV

Algo de tenue salvación
tiene la imagen

el hombre que bebe del arroyo
como la piel de una mujer
no podrás regresar nunca.

El agua dice que se va.
Y vuelve.

El agua sabe que el hombre es agua oculta
se parece
se parece

ella lo toca
y él que la llovizna

ella lo lleva
y él que la marea.

La imprecisión
ama.

Van a deshacerse.
Ocurre
Cuando
la semejanza
se desea.

Fuga de la piedra

La piedra se acumula
se suma a sí misma
- cree que suma -
asciende.

y luego se desmorona
se resta a sí misma
- cree que resta -
cae

y el la misma
en el polvo
y más allá del polvo
ya vacía
en el viento que vuela
persiguiéndola.

Así se fuga. Y todo sería invisible
si no fuera
que el espacio tarda en comenzar
donde estuvo una piedra.

Eduardo D'Anna

Azotea de noche

Aquí debe haber tilos, se siente
el olor, y jazmines, ¿no?, en la noche
tan clara, tan llena de estrellas,
calurosa, próximo el año nuevo.

Rodeada de edificios, la azotea
queda apenas iluminada, en medio
de las luces, las lucecitas
que señalan el lugar de las cocinas

y livings, donde la gente
intenta ser feliz. O, a veces,
ni siquiera lo intenta.
Pero encender la luz ya es algo.

Si yo supiera decir esta ansiedad
que los perfumes, las luces, producen
en este silencio de la noche,
que parece un inicio de vida...

Se anuncia siempre así, el amor:
como una lluvia o tormenta,
meteorológicamente, y subimos
a los techos a consultar el cielo.

Patio trasero

Salgo al pequeño patio
trasero de la casa.
Es de noche, y recuerdo
al gato Juan, sentado
en la cornisa, maullándole
a la luna.

No me era posible
verle la cara, y además,
ya se sabe que los gatos
no reflejan en su fisonomía
sus sentimientos; pero

su actitud, de atenta
veneración, de digna
súplica a tan poderosa
señora, de tanta
sabiduría frente al caos
y al cosmos, me dieron
miedo. Un miedo

profundo, y una piedad
inmensa por el desamparo
de ese gato.

Potreros, galpones

Me los traje de la casa
de mi abuela, que estaba
en un pueblo cerca
de aquí; y allá
dejé unos terrenos impostores
para que los lotearan
en lugar de éstos.

Pero como cosa ilegal
los tengo que tener ocultos:
los guardo en una de esas
alacenas altas, que hay
en los lugares más insólitos
de las casas.

Me subo con dificultad
y cuando entreabro,
ya me llega el olor
a polvo y marlo, a nafta
y a bosta de palomas,
y escucho los zureos,
y me golpea el calor
de la siesta; y después
cierro, bajo, digo: «querida,
no está la reposera ahí».

Lluvia

La ventana
está llena de gotitas;
el viento le sacude
las hojas, y a través
de los vidrios, lo que se ve
es distinto: es luminoso
y húmedo. Porque el aire
está lavado cuando
estamos aquí, mirándolo.

Y los ruidos. Los autos
se desplazan distinto, y el sonido
lo sabe. Y en el cielo
se ven viajar las nubes
como una horda de bárbaros
apresurados por llegar
a su invasión. Y mientras,

indiferentes, nosotros
hacemos cosas en la cocina,
que si no estuviera lloviendo
escribir, sentirnos
no las haríamos: pensar,
¿cómo? No sé.

Luis Francisco Houlin

I

arriba de los grandes armarios
las cabezas de nuestros ancestros
ya no bendicen el sacrificio familiar
nos dieron a comer sus cerebros
y partieron
el polvillo blancuzco que viste
al vacío de la mesa altar
es lo que queda

II

los dueños esos cuerpos
sus aromas nos impregnan
la piel nos habitan
y pasan
nuestras sombras aun
copulan con sus fantasmas

III

labios y lenguas
que amalgaman
sus salivas con la nuestra
son memoria
el dolor en palabra
es el resto

IV

transitamos galerías nocturnas
la maleza invasora
se cierra a nuestro paso
disputa el techo
a las arañas
un aire frío flamea
fuego blanco
la cerrazón de los patios
humedece pisos y cristales
en habitaciones clausuradas
escaneamos fotos viejas
para las pantallas
de nuestros hijos
ellas les develarán
el futuro
aunque sea inútil

consumidores consumidos
nuestros hijos están lejos
viven mundos distantes
poseídos por el demonio
de la inmediatez
caminan sobre las aguas
crean un nuevo caos
sin nuestros códigos
sin nuestros fluidos
carne cristalizada

Amordevoración

Obsesión, llamas que cuecen, escaldan, claman, estallan.
Color flamígero, oscura escultura moviente

que lame bordes de conciencia, incendia sexos, apaga
aguas
sube, seduce, devora su numen

resplandece, torna olvido, crece, come barcos,
tiendas, casas, lienzos. Crece y decrece,

cuerpo llameante que lucha, se enfrenta
consume su fuerza, se frota, desgarrá,

no pide ya nada, agoniza en ceniza.

Interrogantes

Qué buscar en la oscuridad de los arcanos;
pasos errabundos entre laberintos de sangre.

Alguien detrás de la memoria, responde:
se busca un signo, precisamos abismo.

En qué altitud no ver señales de muerte, en qué vorágine
de sensaciones no tener atado el corazón a mínimas ternuras

si tenemos las vísceras llamando,
las manos presurosas en la posible caricia.

Si la vida, está encadenada a esa materia abyecta
que vibra en todo el cuerpo cuando se inmola

tiembla de pavor cuando siente socavar el cielo
y niega con su sino lo atemporal del espíritu.

Homenaje a Luis Franco

¿Dónde cesa el animal que espera en la sangre
y comienza el espíritu que guía?

La raíz de la especie culmina su holocausto
en procura de subsistir al hambre que la nutre.

Dejo que carcoma el amor a los hipocampos
y vulnere los límites de la fiesta.

Después del pecado, el arrepentimiento y el perdón
después de la culpa y el tedio, el análisis y el olvido,

después de tanto, quién soporta el estallido,
la vulneración del cuerpo, claudicación de carne y alma?

Para finalizar con la conciencia despedazada,
llegar despacio a la muerte, al olvido.

Que se cumpla entonces el mandato de la especie
y el sosías de mi ser camine hacia el futuro.

Porque, en todo caso, ¿qué es mejor que lo inútil,
lo menos malo, en esta incertidumbre de fracasos
que anulan de raíz las esperanzas?

Poema de los cuerpos

*a Oliverio Girondo
por su poema 12 de Espantapájaros*

Los cuerpos se rozan y encuentran
se penetran, substancian y sofocan
se someten, vulneran y entremezclan.

Ascienden, descienden, se golpean
se perfilan, agostan y fecundan.

Son ausencias y presencias,
búsquedas y olvidos.

Los cuerpos se rozan y se encuentran
se miran con los ojos de sus poros.

Se transpiran, frotan y vigilan
se enamoran con los estertores de sus actos.

Se mezquinan, acarician y reflejan
se construyen con el gesto de sus manos.

Se violentan, apaciguan, se lastiman y se curan.

Los cuerpos se rozan y se encuentran
se hunden y elevan, respetan, engañan
se condenan y se olvidan.

Una línea de Kavafis en dos movimientos

1

Primer movimiento

Recuerda cuerpo el pulso exacto de la lira,
en el epitalamio yaces exhalando el aroma
que supo abrirse ante el roce de los labios.
Libando del gemido te adentras
en la pulpa del tiempo
que otrora fue de los amantes.

Segundo movimiento

Al cuarto círculo ascienden los obstinados.
 Antecámara de azulejos ¿suma de colores?
 Dos puertas simétricas a la hora señalada
 imaginaria hospitalaria en gama de grises.
 Tubos que se ramifican en tubos que
 descienden en sondas y ese estertor
 no me pertenece ni la piel ajada
 que resta después de una convulsión atroz
 que dispara al sentido;
 reconozco mis pulsaciones
 en esa otra mano tan frágil como la mía
 sobre un Ford 37 el recuerdo se petrifica
 abrazado por tu padre estabas.
 Me sostengo en una línea de Kavafis

recuerda cuerpo no sólo cuánto
 profano rezo el mío
 recuerda cuerpo fuiste amado
 no reconozco a ese cuerpo arrojado sobre las sábanas
 ni a este otro.
 No es Madame La Mort, demasiado espacio
 ocupa la elegida, no es la muerte ni mors
 es la A de ausencia
 es el sutil devenir de la descomposición
 la perversa lentitud con que el tiempo
 nos apresa.

Más allá de tu deseo, ayer
sopesaste mis huesos en relación al tiempo
Cámara que fija lo punible como
si debiéramos ser eternamente...

Abusivo, no?

Sin que lo percibamos algo caerá
vano oscuro
sin embargo nos llevaremos a costas
por toda la eternidad

Animula vagula, blandula

Te conjuro desposeída y posesa
no abandones aún este cuerpo.
Otro ánimo insuflabas en el emperador
era la línea tal vez su propio dictum
que se apropiaba de la memoria no ya tuya, Adriano,
sino la que quiso que vieras a la muerte con los ojos
abiertos.

Quién sabe sobre esto?

Más cercanos en lejanía recompone la cita Cortázar
en la descompostura final de Alejandra.
Anima, no abandones aún este cuerpo
transido por siglos, adormilado en la espera del prodigio.

Leonardo Martínez

La casa amarilla

Atada la cabeza con un trapo negro
vestida de negro hasta los tobillos
se erguía sobre zapatos negros
de gruesos tacones
Caminaba todas las tardes
hacia la iglesia
Luego volvía sin hablar ni mirar a nadie
Dejaba a su paso
un halo de suerte torcida
Cerquita a la estación
junto a las vías
estaba su casa
Era la digna casa amarilla
siempre en silencio y clausura
En un anochecer de otoño
salieron resplandores y humo
por la puerta principal
Luego un grito altísimo se suspendió en la
noche
Como una lámpara fue el grito
Aún agita su llama
en mi recuerdo oscuro

Todo fue necesario

Todo fue necesario
Ese atardecer casi de fuego
la polilla fugaz
el canto del rey del bosque
los caballos al galope en el amanecer frío
Los pasados años parecen un ramo de alegría
de aquella guardada en el rescoldo del dolor
Ahora todo baila hacia la noche
como si la noche fuera
el tibio paraíso umbilical

Las palabras

I

Encontró una línea escrita
la creciente arrastra sombras
Le pareció un hermoso verso
y pidió al hijo que continuara
Éste agregó
también zapatillas trozos de cuero
osamenta de animales etcétera
Entonces
el padre defraudado
condenó la inclusión del deterioro
entre los eslabones de la vida
como si ésta sólo fuera
un lírico desgarrón de lo absoluto

IV

El infinito sonoro
y nuestras incontables tribulaciones
tejen una malla cambiante
un caleidoscopio
donde los mismos materiales
se combinan inéditos
Todo se corresponde
en el magnificante reino de la Madre
Sonidos y colores
en la mesa del escriba
bajo la lámpara
en el silencio de la noche

La luz del tiempo

El mundo es nuestro.
Quizás no estuvimos nunca
en este planeta
y todas sus pertenencias
son memorias
de nuestros antepasados.

Tal vez fue siempre
en el único nunca
que no cabe a los siglos.

Cuánto milagro
en esta pobre vida,
para esta lejana sangre
que abre tus ojos
y caminamos
sin detenernos de tiempo.

Complicidad terrestre

Alguien parecido a mí
escribe en mi alma.
Sé que hay nosotros
en el día desconocido
de nuestra sangre.

Los hombres están ocultos,
Agazapados,
Esperando que se abra el infinito.

Seres sin rostro

custodian cerrojos de sombras.
Prisioneros de nuestro pasado
nos caen idiomas a gritos.
Comprendemos que nos encierran las palabras
y somos cómplices
de un miedo de siglos
entre nuestros silencios.

La forma se diluye.
Únicamente sombras.
Sombras para esa luz
que espera la última cosmogonía.

Las horas que faltan

Podemos vivir un poema
o diez o cien
y moriremos siempre
antes de la última palabra.

Ese sonido buscado
entre la vida,
el sueño y la luz.
Mañana multiplicaremos nuestros días
en el azar de las horas
y seremos un poema
otro más
entre idiomas olvidados.

Edna Pozzi

La derrota

a Rafael Squirru

Este es el país en que mi madre voló a pedazos
en cenizas ardientes
y la zona donde mi hijo preguntó
por el caballo blanco del Gran Capitán
y la gris estampa escolar
donde la montaña yacía en los ojos del Padre
abatido por los cóndores.
También es la tierra que soportó
a traficantes y ladrones
imbéciles e ignorantes
a cerdos que gritaron triunfantes
y asesinaron y violaron y robaron
ensuciando el mapa terso
que siempre es sospechado como un triángulo de lilas.

Este es el país que tuvo aliento largo
en las banderas enarcadas de los caudillos
que enseñaron cómo se muere con limpieza
la muerte como un candido objeto
como una labranza interminable
y estuvo doblándose por años
en el olor del trigo y en una remota esperanza

de alcanzar un nombre
una certeza
algo que tintineara al pronunciarse
como una copa de plata.

Esta es la casa que contuvo
los ojos del asesinado
en los basurales de José León Suárez
y donde yo aprendí
que la justicia podía ser posible
si se pronunciaba como un pan
algo exigible y necesario.
La casa donde el miedo crujió en las noches
de perseguidores oscuros
y contuvo macilentos despachos
con registros de nombres y amenazas.

Este es el país que me enseñó la desolación
pero también la libertad de las palabras
me mostró las calandrias y las torturas
la ciénaga y el cielo alto y tenaz del Paraná.

Esta ha sido mi casa y no tengo otra.

La casa de los libros amados
sospechosos de herejías y desviaciones ideológicas
con esa rotunda claridad

de los versos quebrados
y de los traslúcidos infantes
de pies morados
que se acordaban de Mayo
mirando subir la que no ha sido atada jamás
al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra.

Este es el país que me cubrió de oprobio y de vergüenza
y al que negué tres veces
con un feroz cansancio
pero también el país donde aprendí que hay una libertad
última
con palabras voladas en palomas
metálicas
palabras que servían para nombrar cosas anchas y
espléndidas
palabras que resistían como clavos
duros e insomnes.

Era mi casa y no he tenido otra.
Jamás diré que ha muerto.

Porque contuvo la garra fina de Alejandro
y se inclinó sobre la greda oscura
de un alfarero
y vio la cara de un muchacho de veinte años
un segundo antes de morir
y desplegó sus lisos cielos australes

para que yo me doliera de la derrota
y tuviera un lugar abierto para llorar
y acunar una furia interminable.
Porque golpeada, amada y traicionada
aún sigue siendo la única casa posible,
jamás diré que ha muerto.

Con los músicos y los poetas
con los tramposos y los imbéciles
con la memoria ancha de los puros
y la angosta memoria de los cobardes
así, valiente, estrujada, férrea azucena,
insobornable, desgraciada y sucia
vive más allá de las palabras
amada, funeral, recién nacida,
esta pobre, clara, definitiva patria.

Correctivo

quemo mi lugar de descanso
quemo la puerta del cuarto
y el vano
y el picaporte
quemo todos y cada uno
de los alientos / del respirar
en dos tiempos
lo esplendente y la pena
las obediencias y las resistencias
quemo el efecto curativo del blanco
que ahora es rojo
y luego negro
quemo el potencial que ya se ha cumplido
la decisión saca de la memoria
aquellos días
el fuego adhiere / yo suelto
quemo y espero
que lo punitivo purifique
todo.

hacer memoria
como quien articula nudos chinos
un mala
o un rosario de secuencias oradas
horadando
la memoria y dando
todo lo suspendido en arte/
y parte que nos agita el pulso
que nos devana
y nivela y disuelve
para que tanto espanto
salga por la puerta de entrada
y nosotros escapemos
cuando en realidad
lo que queríamos era estar/
hacer memoria
anegados en un agua
que va lavando la médula / el centro
y después vaciar tanto
hasta que quede separado y reunido
es decir
barajar y dar de nuevo.

pudo decir lo que salva
un ritmo tal vez una asonancia
pudo cantar una sílaba
apenas audible
sólo una que sonara
a cadencia de extremo
de final del dolor
pudo elegir un poema de otro
una lluvia de otro
algún indicio
conque anudar la sujeción
pudo balbucear errante
la consonancia
cualquier recurso
hubiera sido válido
para resistir la elipsis
gélida y resquicio
donde fuimos a parar

la mujer desovilla sus células
busca mitocondrias
que expliquen
busca meandros y circulaciones
la mujer no se entiende
desovilla
para encontrarse el río perdido
el cauce que dejaron las otras
mujeres de la casa
va deshilando
aprendidas versiones de lo eterno
y no encuentra
lo que antes supo que estaba
o lo que creyó
la mujer ahora
está tan sola sin ancestrales
cultos
sin conmemoraciones
familiares
que olvida su género sobre la llama
y quema toda la casa.

Cala IV

Esto es un laberinto perdido por vehemencia en lo infidente.

Esa mujer hecha de especias de silencioso parque y leche humeante yo la estaba buscando como si fuera un pan en el vestido de la vecina muerta por la paz interior de su corpiño –lo aclaro por si fuera mi destino estar en el revés del cielo-. Acomodó su cabellera ella que dignamente oraba entre cintillos rojos y peinetas dando pequeños pasos abajo del alero como un pájaro o una sacerdotisa montaraz que va a levantar vuelo. Harta del sol oscuro de mis solicitudes regando con su pelo las orillas de su cuerpo el suelo mientras la blusa que llevaba se desarmaba cayendo como un pétalo.

La hierba seca

Del beso al laberinto.

La verdadera época de los torrentes
que invitaba
desde el fondo de una pollera
robada de las pampas.

El río abajo
y el nudo rápido de los pensamientos
atándose a los labios.

Jamás
jamás en esta estancia
este inocente artificio
podría sonreír en la compuerta.
Mi separada
con cinco dedos se ordenó el vestido
y me apartó
de la corteza de la tierra
del día y de la noche
como la hierba seca
Oh la jardinera
contribuyó con su más solemne paga
abrió su cabellera que duplicaba

cierto desdén
marchándose en suspiros
saludando como si anduviera por las nubes:
«volveré, volveré...»

Una garza mostró alas humeantes
salpicadas
con aquel dichoso dialecto de los sueños
vagamente
es cierto
vagamente.

Una estrella

Estrella mía
con esas alas que envuelven lentamente
moviendo tus caderas
de aquí para el norte y el sur
a veces al oeste

estrella oscura con las puertas cerradas
solo a mi corazón
abiertas
él que canta como un pajarito
cubierto de sangre
ahogado
nadando en una fantasía
pensando que el día de los sueños
irá viajando por los carnavales de tus brazos
estrella
sabiendo que estos encuentros pasan
y nunca vuelven.

Estrellita de mi cine
de mi paraíso
a donde siempre voy
solo.

Huellas

el viento
gira sus agujas,
borra
toda marca del camino

sopla
antiguos pasos
a ningún lugar...

deja la tierra
intacta
para esas huellas
que justifiquen
lo inmenso...

Los testigos

El futuro esquiva mi mirada.
Entre sus ojos y los míos hay un espacio hueco
que desarticula todos los límites posibles.

No puedo condenarlo.
Yo no desciendo de los dioses
ni tengo la inmortalidad de la piedra:
apenas
soy capaz de vagar entre permanencias de otros
y mi memoria sirve
todavía
para reconstruir las ventanas
que me llevan de un mundo a otro
y regresar.

El futuro
tiene miedo a los testigos.

Tal vez...

Tal vez
cuando sienta el aliento
de la muerte,
escriba poemas
metafísicos.

O me ría con ella
como un idiota
que no entendió
quién es buscado.

Es posible
también
que sea ella
quien sienta el aire
de mi risa en su espalda
y se acurruque

paciente

aguardando
mi debilidad por la metafísica.

Búsqueda

Busca, hijo, busca,
como alguna vez lo hicieran los antiguos.
Busca en tu niñez o la saga de tus sueños
entre las ruinas de la ciudad fantasma
en el aliento de desiertos y torrentes
o en el eco de tus pasos. Busca
en laberintos o en sagrarios
en la pátina de los escudos
en aquellas profecías en la música de los pastores
en los cráneos de los traidores lastimando
la luz con su reflejo. Busca
en olvidadas catacumbas en el rastro
de los cuervos cuando vuelan
en las sagradas escrituras en el sendero
del sol sobre el mar en el ocaso.
Busca
en las palabras que quedaron adheridas
al silencio o en aquéllas fecundadas
por aves y peces y abejas destiladas por fin
en el desvelo. Busca hijo
entre las piedras en la huella del viento
en la sombra que alguien olvida cuando pasa
en los caminos sin origen ni destino.

Busca, hijo,
busca.

Graciela Esther Zanini

La mudanza

El ruido de algo que se desencaja
y la calidad adulterada
de algunas voces próximas,
enviaron señales inequívocas
para su fina percepción.

Si bien nada había
en el opulento exterior
que denunciara la tristeza,
ni la menor fisura en los ademanes
con que saludaban algún exceso de luz,
las plantas
en el balcón
comenzaron a morir.

El desconsuelo no conoce de reinos.

Sobre tierra neutral

Destella bajo el sol de invierno
acosado por la tabla rasa
del orden natural.

No hay odio en esa destrucción.

Vaciado de sí, el precioso escarabajo
es materia mudable espejando
lo contiguo.

Ínfima joya devorada
por otra forma de la divinidad.

El panal

Salvar el día.
Proteger la materia
que lo hace transitable
sin pérdidas mayores,
y el soplo
que sobre cada agujón
esparce memoria
de ardores casi extintos.

Tiempo signado por lo insuficiente.

Celdilla apenas, la extensión del paraíso.

La ratona

Sentir el ave.

Picotear las migajas
cuando la fiesta amaina
y no acecha la furtividad.

Decir bajito –pájaro-,
sostener los vuelos,
las reiteradas, audaces incursiones.

Saber que esta ficción puede costar
lo que seguramente no tengamos.

Venezuela:

15 VOCES

El territorio de la poesía venezolana permite delinear dos miradas.

Poesía cuya madurez se instala en un paisaje (afuera) y en un bucear en las sombras. Esta ambivalencia, muy propia de un país absolutamente tropical, al decir del poeta Eugenio Montejo, abrevia el camino de la creación, en tanto que dialoga sin obstáculos con los diversos accidentes espirituales y geográficos con que cuenta el poeta.

Otrosí: En Venezuela, las llamadas *vacas sagradas* de las letras comparten con los más bisoños. No existe una línea que separe a las distintas generaciones, por mucho que la fama haya pasado por el lomo de los egos. Por eso, en esta pequeña muestra aparecen nombres de consagrados y nombres de poetas muy jóvenes, pero que han alcanzado el respeto de los más cercanos al cielo. No hay –entonces– serranía, otero, cordillera o llanura que no comprenda la presencia de quienes crean, re-crean o se solazan en las palabras, objetos para alcanzar la redondez de los sonidos. Son quince las voces que transitan con este pasaporte. Son quince los poetas que se revelan en esta breve antología, papeles en mano para dejar sentado que Venezuela es un país de poetas, más que de narradores o ensayistas. Es un compartir donde el país que vislumbramos en los textos sigue vigente en su anecdotario íntimo y personal.

Si bien, como dice Hanni Ossot, el poeta habita el dolor y éste es del tamaño de la cicatriz, los que respiran en estas páginas han sabido trabajarlo, hacerlo parte de esa angustia

diaria que, pese a saltos mortales, deja lugar para otras reflexiones.

La poesía venezolana, tan latinoamericana, continúa su camino. Anda y desanda, se contradice, como toda imagen y se borra, también, como toda imagen.

En esta aventura, la que nos brindan estas páginas compartidas, quedan las huellas de muchos que aquí no están. Todos los que aquí respiran saben que la palabra, la voz y el silencio, se edifica con la ausencia, con la lejanía, con el desdén, con los afectos, con los ríos interiores, los tranquilos y los desbocados.

Los poetas que aquí aparecen son también un accidente geográfico. Un salto espiritual, un palpito, un espacio donde la indagación tiene y tendrá razón de ser.

Estas páginas vierten la presencia de creadores de distintas épocas. No ha querido el antólogo indagar sobre movimientos, escuelas o temas. La intención ha sido favorecer a quienes de alguna manera poco aparecen en antologías o publicaciones generalmente utilizadas por quienes son hartos conocidos. Los aquí presentes –conjurados o no– forman parte de una hermosa aventura. La poesía lo es en la medida en que tenga piel y alma: que sea sensible al silencio.

Alberto Hernández

Miguel Ramón Utrera (1909-1993)

La sombra temeraria

Esta sombra nos sigue, de puntillas;
se oculta en todas nuestras horas claras;
y así mismo se infiltra en nuestras voces
con leves ademanes de fantasmas.

La entrevemos, siguiendo nuestros pasos,
y trepando por todas las palabras;
inasible, fugaz, sin rumbo fijo,
pero presente siempre y siempre extraña.

Guardemos ya nuestras mejores voces.
Deshilando las hebras de este sueño,
esperemos la luz de la mañana.

Cuando el día retorne con sus sonos,
en el diálogo puro –lumbre y sueño–
se rasgará la sombra temeraria.

(de **Nocturnal**)

Ha pasado una sombra

Ha pasado un asombra a nuestro lado,
sin voz ni aliento; como flor caída.

Pensamos en los nombres olvidados;
en los días perdidos;
en los árboles muertos; en los raros
celajes que cubrieron las distancias
por donde huyeron aves sin descanso.

¿De quién es esa sombra?, nos decimos.
Y de nuevo pensamos
en el hondo país de los ausentes
y en aquel derruido campanario
cubierto de hojas secas.

¿De quién es esa sombra?, preguntamos.
Nadie responde. En el ocaso, apenas,
se divisan los humos del verano.
La sombra no se aleja.
La vemos caminar a nuestro lado.

Y otra vez, con angustia,
retornamos al aire del verano.

(de **Nocturnal**)

Siempre habrá otro camino

Siempre habrá otro camino. El que perdimos
para los otros pasos:
El de incierta raíz; el de la espina;
el que supo apurar soles amargos.

Alguien trepó a la rosa de los vientos
y en el cáliz febril vertió su llanto.
Del riego prodigioso
nacieron estas sendas ya en descanso:
la de incierta raíz; la de la espina
y la que lleva al centro del verano.

En el agua del tiempo,
posiblemente quede abandonado
el desnudo sendero donde mora
la lumbre perdurable de los astros.
Y también es posible
que el tiempo mismo acoja nuestros pasos.
A veces, ¿no hemos visto
caminar en la sombra a nuestro hermano?

Otro camino habrá. Y puede haberlo
como lo hemos soñado.

(de **La huella invisible**)

Ese río del tiempo

Eso era en el comienzo:
frágil madeja de cristal, brotando
como menuda llama peregrina.

Vino después el nombre transparente.
Cercos de aromas. Ronda de fulgores.
Todo el tiempo en afluencia sin medida.

Ese río avariento se llevaba
lo más puro y hermoso que la tierra
dio en la flor de sus días.

Alguien ha de volver sobre sus pasos;
y al remontar la senda cristalina,
encontrará los pétalos del nombre.
Todo el tiempo en afluencia desmedida.

Aquella opaca aldea custodiaba
los días rumorosos
volcados ya en memoria peregrina.

(de **Aquella aldea**)

Elizabeth Schön (1921-2007)

En el centro de la claridad
se dibuja el árbol de la sombra.
A la lámpara no le pertenece
lo sereno de lo oscuro.
Se nos vuelca hacia adentro
allí
donde desaparecen los vínculos
las numeraciones
las techumbres
Y no hay modo de medirla.
Vigía del instantáneo brillo del relámpago.

(de **Antes del árbol después del árbol**)

Permanece el sol
y es el hombre quien pasa
Permanecen las aguas
y es la lámpara la que prosigue
al vivir la piel
y acercarse el árbol
En el alma
el desprendimiento de lo amoroso
erige la pared que cubrirá la sombra.

(de Antes del árbol después del árbol)

Una choza se hace castaña
de su herida huye del menosprecio
El alma inclina el rostro
Emana el canto del valor
se acerca la rebanada
quieta del silencio.
¿Dónde estamos?

(de **Luz oval**)

De cuatro coronas crédulas
una es la tuya
La encontrarás debajo, muy debajo
donde únicamente entra
la luz del alma
que eres tú mismo.

(de **Luz oval**)

Teófilo Tortolero (1936-1990)

A mi padre Teófilo II

Qué dolorosa y dura fue tu muerte
qué dura y dolorosa
fue tu muerte mía.

Ave, traza tu rato, tu no ser
cuando crezca en carne tuya
el jazmín de las furias
y el alcohol
que derramó callado en tu pureza.

No intentes más estar en mis manos
como un sonido de hueca sangre
porque resuena tu pisada y tu bastón
en mis patios,
donde tus pies sagrados se consagraron
a vivir sin amo;
besando el limpio cielo de las mariposas

Adiós, padre de mi adoración,
adiós, gentil hombre del suelo
del camino y la rosas

Adiós, señor de tanta majestad,
caído por tu propia mano
a la última tierra.

(de **La última tierra**)

Poema

Le ofrendo mi vida a mi muerte

Escasas hojas trae este verano
a los ojos de mi extraño sueño

Te exhalo, te exhalo y tiemblo en ti
como si tu sangre fuera
el último refugio de la mía

Tómame así en las brasas
del cuello que gira a un postrer reposo:
que sienta vivas quemaduras tuyas
amándome, ampollándome en una amorosa
dulcedumbre

Que sea tu centro
y mi última ceguera.

(de **La última tierra**)

En púrpura

a Juan Sánchez Peláez

Detrás de estas ruinas
y árboles envejecidos por el sol del ocaso

hay una púrpura
imprudente
que empaña mis ojos

Todo el mar te comprende
púrpura extasiada
en la mancha del cielo

Cadáver inclinado de perfume.

(de **La última tierra**)

Venecia II

De aquellas palabras nada recuerdo
Sólo que mentí por la luz de un yeso
entablillado
de un resentimiento aflorado en lirios
que más tarde mi memoria retuvo

Nada se sabe Dios de aquellos días
caminados por fiebres y doncellas
sitieras

Pero mi vida aguarda, siempre
aun cuando la luz de pronto...agonice

(de **La última tierra**)

La terredad de un pájaro

La terredad de un pájaro es su canto
lo que en su pecho vuelve al mundo
con los ecos de un coro invisible
desde un bosque ya muerto.
Su terredad es el sueño de encontrarse
en los ausentes,
de repetir hasta el final la melodía
mientras crucen abiertas los aires
sus alas pasajeras,
aunque no sepa a quién le canta
ni por qué,
ni si podrá escucharse en otros algún día
como cada minuto quiso ser:
-más inocente.
Desde que nace nada ya lo aparta
de su deber terrestre;
trabaja al sol, procrea, busca sus migas
y es sólo su voz lo que defiende,
porque en el tiempo no es un pájaro
sino un rayo en la noche de su especie,
una persecución sin tregua de la vida
para que el canto permanezca.

(de **Terredad**)

El inocente

a José Bento

Dios me movió los días uno tras otro,
dio vueltas con sus soles hasta paralizarme
como un gallo ante un círculo de tiza.
Me quedé inmóvil viendo girar el mundo
en esferas errantes y volátiles
aquí en mi cuerpo y afuera entre las cosas.
Cambió de casas la ciudad, de calles,
y entre las calles el rumor de las voces
como si cada ser no fuera sino ausencia.
Mudó mi rostro, el tiempo de mi rostro,
pero continué impávido en el centro
con el desamparo de una estatua
que ignora las grietas de sus piedras.
Jamás di un paso,
nunca empujé mi vida hacia la muerte.
Fue Dios el que movió todos mis días,
la redondez de Dios que no da tregua.

(de **Adiós al siglo XX**)

Despertar

La luz derrumba los castillos
donde flotábamos en sueño;
queda su tufarada de ballena
en nuestro espejo opaco...
Ya erramos cerca de Saturno,
ahora la tierra gira más despacio.
Temblamos solos en el medio del mundo
y abrimos la ventana
para que el día pase en su barco.
Anoche nos dormimos en un país tan lejano.

(de **El azul de la tierra**)

Mi amor

En otro cuerpo va mi amor por esta calle,
siento sus pasos debajo de la lluvia,
caminando, soñando, como en mí hace ya tiempo...
Hay ecos de mi voz en sus susurros,
puedo reconocerlos.

Tiene ahora una edad que era la mía,
una lámpara que siempre se enciende al encontrarnos.
Mi amor que se embellece con el mal de las horas,
mi amor en la terraza de un café
con un hibisco blanco entre las manos,
vestida a la usanza del nuevo milenio.
Mi amor que seguirá cuando me vaya,
con otra risa y otros ojos,
como una llama que dio un salto entre dos velas
y se quedó alumbrando el azul de la tierra.

(de **Papiros amorosos**)

El capitán

Al capitán de capa roja y bucles azules
se lo llevó muy lejos el viento del puerto.
Regresó con sus navíos colmados de sedas
y pudo sentarse cerca de su mujer y sus hijos
en el palco de toros.

Su mujer, ya vieja, no lució las bellas telas
y sólo el hijo mayor, ducho en cetrería,
las aireó en los prados.

Acompañado de su hija, todavía doncella,
hundió naves y sedas y pedrerías
y el recuerdo de sus viajes.

(de **Ejercicios para un libro de amor**)

La soñada

a Rosa Hercilia Celis

La que he de amar debe ser triste,
casta y sencilla.
Debe poseerme a mí y no al otro, al que ha sido
desolado.

Ella poblará mi evidencia.
Fecundará ¡oh Dios! el bosque que me ha hecho
tan ausente.

Sólo yo miraré ese fuego,
esa plenitud de monte y soles fuertes que airados
lucen mi enfermedad.

Ella no ha de escapar,
vendrá como el alba a matarme.

(de El bosque eterno)

Oculto

A qué oficio debo someterme;
a qué luna de las siete que vuelan
sobre la cerviz de mi padre vivo
debo festejar.

Qué oro debo dar a la muerte
si no hay abismo debajo de mí
ni más arriba
sino en mí todo encerrado como en los
frutos.

Algo me oculta,
quizás la inclinación perversa de quedar
en el bosque amarillo donde me crié,
en el azul nervioso de los cerros.

(de **Cartas a la extraña**)

Bécquer

Sobre las tejas
con ganas de morir
una golondrina recorre el
mundo.
e Ítaca queda en mis zapatos)

Sombrero

Del fondo, de la aparición de lo nocturno
 -victoriosa
en medio de los quiebres y la procura
 entre espinas y rosas
 la ponzoña: la ardiente
 erguida línea vertical
 conquistadora y paciente
bebedora del filtro antiguo y secreto
 se yergue la señora y se desliza
 y se pone su sombrero

de plumas reta al viento el ala
 borrando ayer, obnubilando yo y mañana
 siendo, siéndose...
 entre ventanas y puertas
 en trasgresión...trasgrede al trasgresor

Reta.

(de **Hasta que llegue el día y huyan las sombras**)

Alma

Cerca del peligro, plenamente disponible
 -el alma
Entre corrientes, avanzando ciega
Colocada entre lo infernal y la quietud

Hay una tempestad que arranca el tronco y lo arrastra
 Hay una escisión en ascenso desde lo hondo
 una marea, un hervor
Vuelve, regresa allí para la paz
 aquiétate
 sé una sola mirada hundida en el ámbito
la mañana, lo claro del comienzo
 o la fragua del día
Sé esta única unidad cotidiana
 no lo esperado
 no lo marcado por la diferencia.

(de **Hasta que llegue el día y huyan las sombras**)

Apatía

a Rafael Cadenas

Se acabó

el poema de las flores entreveradas
el poema del desastre
las palabras de la paz

Se acabaron las efervescencias

los estertores
ahora sólo hay silencio
apatía
ni siquiera angustia o miedos (*Angst*)

(de **El circo roto**)

Nada

a Rafael Cadenas

Se ha elevado lo grave
lo sacro se impone
la voz dicta
un nombre
una persona
pero la tierra se ha vuelto arenisca
nada
sólo peligro de voces.

(de **El circo roto**)

María Clara Salas (1947)

Cantábrico

Retrocedo a las columnas de agua
del cantábrico

a las playas perforadas
por la lluvia al vals Mefisto

en aquel mirador de la casa de Zarauz
visitado también por la reina sin hijos

Algas y peces
subían
del mar
lecturas
propiciaban encuentros
gris
la piel descubre
sus olvidos

(de **Cantábrico**)

Ciudad

Observa la ciudad
la osadía de los techos
construidos al azar
prestos a deslizarse
en el barro
y la muerte

sin ningún temor
alzan los niños sus papagayos
sin vacilaciones
suben y bajan
miles
de escaleras

Desde arriba
la ciudad
nos contempla
desde arriba
de decide la suerte

(de **Cantábrico**)

Escépticos I

El terrible Pirrón seguía hablando
aunque sus discípulos
ya no lo escucharan

al fin y al cabo
daba lo mismo

si el mundo es cruel
y lo seguirá siendo por
muchos siglos

qué podemos hacer tú y yo

Si escoges morir
-prefieres-
y eso no es
lo que predica
la santa indiferencia.

(de **Cantábrico**)

Escépticos II

Cuando tú
algún día
leyendo el criptograma
descubras el origen
de la momia
y atraveses Egipto con los ojos

soltarás la risa
como prueba
de lo poco serio
que es el amor

Cuando empieces a rescatar
el cuerpo
con los debidos cuidados
y leas la historia
enrollada en el papiro
volverás a reír

Sólo la risa
es digna de repetirse
muchas veces

(de **Cantábrico**)

Erasmus Fernández (1948)

Sentado en los caminos a la espera
con los ojos en blanco
la tarde es un flautar que de árboles emana
y pasan loros en parejas sobre
patios apagados de ausencia.

Hoy podría de una vez por todas despertarme
trocar la ramazón
donde soy un vocablo que la noche se traga
Debo partir de aquí en cuanto amanezca
aunque se desfleque
mi calzado con monólogo interior adolorido.

(de **Esperas y la ausencia**)

Caminatas

Mis ojos no se cansan de mirar,
los pies casi a rastras
no se desaniman. Pero ¿a quién buscan,
a quien no localizan? Desde anoche
no cesan de callejear y nadie
aparece.

Cruzo otra esquina.
Desemboca una sombra parecida a la mía.

(de Caminatas)

Balada peregrina

El poeta volverá a su patria chica.
En la calle principal no habrá tumulto
solamente una soledad desgarradora.

Ninguno pintará de blanco su fachada,
azul o de amarillo.
Flores a su paso nadie lanzará,
mucho menos el ¡viva! de una muchacha.

Al ver vacías puertas y ventanas, el poeta
sentirá frío de luna
en los ojos de los gatos en algún tejado.

Pasarán por su mente sueños de su alma
errabunda.
Tal vez le ladre un perro,
al pasar frente a la casa donde vino a la vida.

(de **Caminatas**)

Ciudad humedecida

Cuando llueve, esta ciudad no espera
por nadie,
la gente saca sus paraguas,
se guarece en los recodos
de los almacenes quejándose
del mal tiempo.

Mientras la lluvia lava, arrastra
huellas, cosas perdidas e inmundicias,
en las esquinas los carros
parecen un cardumen hambriento.

En cuando escampa en esta ciudad,
las bombillas reflejan ojos de agua,
coloreadas sombras: los transeúntes
andan vaporosos como si flotaran.

(de **Oficios de la lluvia**)

Alberto Hernández (1952)

I

Hacia dónde se dirige la noche Qué espacios ocupa
en el vacío Qué horror nos contiene al descifrarla

El paso firme de la tierra durante el sueño, la entrega
de las cartas, la ciudad y sus

alcantarillas
en el torso
de Ligia

La ciudad –después de todo- es también el olvido.

(de **Nortes**)

Zoo

a Juan Sánchez Peláez

Animal de costumbre,
los años se detienen
sobre las mismas bestias

las que trajeron de lejos
por mar aire y tierra
-acuáticas aéreas y terrestres-
y se quedaron para repetirse
en la conciencia de los habitantes

bajo los árboles de las delicias
respiran los primates,

el león, un elefante de incalculables muertes,
los mismos niños
en los ojos del tigre

y un río pasmado por la espera

Regresamos en el animal
que llevamos a casa

(de **El poema de la ciudad**)

Diario

a Gonzalo Fraguí

Veo un gato
agachado por el mediodía

el arco de su cuerpo
apura el diseño de la tarde:

estira la hora del maullido
regresa al punto y coma
y allí se acuesta

(de Ejercicios para la ironía)

Pesadilla

*vivimos sin sentir el país bajo nuestros pies,
nuestras voces a diez pasos no se oyen.*

Ossip Mandelstam

Ya de noche, cuando también es nocturno el desaliento,
el odio saca sus bestias de paseo.

Un mordisco letal

De regreso al reposo desnudo,
la pesadilla se anuda sobre el lecho.

(de Ejercicios de la ofensa)

Harry Almela (1953)

Arte poética

Defenderé esta ciudad.

No repararé en el catálogo de las naves,
los caballos de Zeus no serán suficientes,
no me vencerá el ingenio de Odiseo.

A nadie beneficia

esta guerra eterna contra los aqueos
y la muerte de Patroclo ha sido en vano
si las primeras líneas dictaron mi suerte.

Soy el joven Héctor,

querido y olvidado por los dioses,
derrotado y de pie
frente a la cólera del Périda Aquileo.

(de **Ventana de emergencia**)

El cuerpo
que nos impide
vivir.

El cuerpo del otro,
su ausencia.

No hay fotografía
que sirva en este empeño.

El amor, el terco amor
que nos separa
del mundo.

(de **El terco amor**)

Entrada (*Rilke*)

No crea usted en lo que voy a decirle
en las páginas de este libro.

El amor es un artificio
que destroza flores en el parque.

El gris de los palacios, suspendidos
en la niebla, es el sitio del reposo
para este corazón que tiene miedo.

No crea en mi palabra, vuelvo a repetirle.
La poesía miente, mi querida señora,
miente como el sol de verano en Dinamarca.

(de **Los trabajos y las noches**)

La sangre cerrada ayer.
La fotografía cercada por el hielo.

Yo quise amarras, cuerdas
feroces en la cintura.

Quise alambre de verano en los ojos,
silicio de espesura, licor definitivo.

Y todo tan mensaje en la arena,
tan libro cerrado para siempre.

(de **Palabra o indigencia**)

Milagro Haack (1954)

V

Se cubre
cuando hay un silencio
que palpita dentro del vaso
invista a la sombra

ella
sabe donde apoyarse
cuando cruza el frío externo
donde me pierdo sintiendo la gota
que aplauden los pájaros

ella
sabe cuando visito el mar
lanzando un sinfín de espejos
junto al saludo
ondulado
que se escapa por la ventana

-siempre ofrendar es bueno decía mi abuela

Cumplo con lo lejano

Voy al patio
mi sombra me nombra

(de **Trazo para otro mañana**)

XVII

La pared que despierta mi mano
húmeda
roza
ya el mediodía

un marco de luz
baña la forma de los pilares
donde se encuentra la sombra
junto al aire
por la lluvia de hace días

su mano hermana
cambia la corona
la llena con diferentes aguas
de frente a la puerta de la entrada
a la casa

así,
nacemos
así,
comenzamos a tomar el aroma
de los buenos días

tocando madera

(de **Trazo para otro mañana**)

XXIX

Mucha noche
para recorrer la calle

mucha vida
para dejarla en una esquina
del cuarto

no hay luna
sólo el viento pegado a tu gran espejo
que me lleva de regreso
mientras
la sangre no deja de llover

antesala
de la ciudad
en
mi cuerpo

(de **Trazo para otro mañana**)

XXXIX

Un sonido hace temblar la puerta
de boca a la casa
que de muy lejos se acerca
dándole
movimiento a la memoria
mientras
se toma una taza de café
entre el marco y laminada de afuera

temblando

la mano
que sostiene todo
este
gran espejo

(de **Trazo para otro mañana**)

Rosana Hernández Pasquier

Imagen

Sus senos son dos mundos
redondos, melones tiernos.

La abuela tiene un moño regio.
Trato de repetirlo con horquillas.

Por las rendijas se filtra una luz
que acentúa mi rostro.

Me miro y el espejo
devuelve su imagen.

(de **Ceremonia del horno**)

Gallo

Imponente guerrero
tu plumaje
despunta en lanzas.

Cresta roja y lentejuela
tu canto
el tiempo en todo tiempo
filtra las sentencias.

(de Ceremonia del horno)

El bagre

En la mesa
el cuerpo del bagre.
Mi padre hunde la navaja
en su abdomen
y la rosa púrpura de sus entrañas
queda expuesta.
Al tasajearlo
su cuerpo de acordeón
ofrenda su silencio.

En el sartén,
un sonido de réquiem
da el tono final.

Y un olor a mar cocido
embriaga la casa.

(de **Ceremonia del horno**)

Ritual del cafetín

Aquellas conversaciones en el Cafetín Italia
el ritual del marrón sobre la mesa
yo te decía que estábamos en Estambul

brillábamos por el bochorno
que es la Villa de San Luis Rey
o el día tórrido de Estambul

El verano ardía de un golpe en tus ojos
y estabas agotado de cruzar tanto piélago
en la geografía cuadrada de la mesa.

(de **El envés de los días**)

María Antonieta Flores (1960)

Conocida

te señala y dice:
sequía en el asfalto de los ojos

te despiertas

¿de dónde viene?

los pies contra el granito frío

bajo trono en la mirada
nocturno, el bramido

añiles, añiles
en el agua

mientras su recuerdo
es sólo el peso que te calla

(de **Índigo**)

El sordo

en registros lentos

decía los nombres que amor le había revelado
y sin embargo dirigía a otro lado su mirada

casi tenía la certeza

realmente no estaba allí
sólo presentía

la dolorosa tensión en sus pezones
era sólo una señal
(...)

(de **Índigo**)

Dust

el caliente sabor de la ternura
Thiago de Mello

hoy me duele demasiado el amor
su ausencia
su certeza de instante
su mentira
el bagazo de unos días
la intensidad que me colgó en este dolor largo
inexplicable
con hambre de muerte
bebo el vino blanco
y pienso en la exactitud de las palabras
en lo simple de una metáfora
obscena
y me digo
sólo un polvo

(de **La voz de mis hermanas**)

Los hallazgos de la calle

un mazo de cartas, roto
los rastros de la basura y de la muerte

cinco hombres duermen en la calle
siempre en el mismo lugar
en el mismo orden

nadie leerá el futuro:
barajas españolas

como aquellas que una vez tuve en las manos
sin saber qué pregunta hacer

(de **La voz de mis hermanas**)

Miguel Marcotrigiano Luna

No seré yo
quien observe la rosa crepuscular
y el penoso crecimiento
de las ramas de tus piernas

Me he anticipado a tus tretas
Cada noche donaba un poco de mi arcilla
a cambio de disipar mi angustia
husmeando entre hojas
y otras cortezas

(de **Concierto vegetal a la luz de la luna**)

Estoy sin estar
por eso no contesto

Te empeñas
aquí en lo profundo

Repicando
como para rasgar
como para ser más tú...

(de **El mismo juego**)

No arribarán a tus playas
como otrora
los arrebatos de mi corazón
los grandes acontecimientos del alma
ni siquiera la solitaria moneda que atesoro
en el fondo de mi bolsillo

Ando vacío de sangre
de noches sin luna
de hondas canciones seculares

Tan sólo para darte tengo
este íngrimo transeúnte anochecido
seco de amistad y de sonrisas

(de **Esta sombra que nos habita**)

Ocurre a diario

Este peregrinar de ballenas

Que ocupa nuestros cuerpos redimidos

Y si la noche

Habla de oscuras manos

O de cualquier otro miembro

Entonces

Mi esencia de ciempiés se despereza

Y comienza un largo camino de promesas

Hacia ocultas sepulturas

Reptando siempre al origen del viaje

(de **Sombras y otras especies**)

Extranjera

No soporto los labios sellados
ni los mares que impiden la cópula.
No resisto la pared que me separa de
esa mujer que gime en las noches
de luna hiena
y que no llueve en febrero.
No celebro las huellas de la ausencia
en la puerta de mi casa ni ese ventanal
donde aguardo para siempre
el retorno de tus pasos, extranjera,
como si fueras pan y miel
engullo el silencio de las noches,
un tacto de alma perdida,
los duelos, el misterio de los ángeles,
extranjera, no dilates el desvelo.

(de **Desvelo de Ulises**)

Del perdón

No perdones la fatiga
ni el sueño soportado
no perdones al cordero
sino a ese Dios que te retrata.
No finjas perdonar
lo que no presientas bajo las aguas:
las ciudades perdidas.
No perdones ni sus voces ni sus llantos,
sólo las mil leguas recorridas,
el instante, la centella
y la página sin notas,
no perdones la cópula,
no perdones el perdón,
no olvides.

(de **Desvelo de Ulises**)

Cuerpo a cuerpo

Somos uno, tú y yo a cuerpo entero
agotando la espera,
cuerpo tuyo, cuerpo mío
agitación del misterio,
a cuerpo el pulso, el tacto,
cada poro hecho universo
crea la imagen, el sueño
donde no estás sino en sombras,
cuerpo a cuerpo cavilo,
escucho un resuello
una y otra vez te conjuro,
eres tú
o es tu cuerpo
o es el sueño.

(de **Ciudad sumergida**)

Crónica

para Amabelis

La memoria es un trigo que florece
a cada rato y no cesa
Son los pasos que dimos por las calles más altas
Es cada encuentro con la neblina
(el frío dejado atrás con las preguntas
el mar ahogando quejas imprevistas)

Los amigos miran de repente las ausencias
escurren las palabras
y el sol custodia un salto tras el muro

Nada es extraño a la brisa
ni al tiempo que rodea la existencia
todo se prolonga en el sueño
 en el recuerdo

(de **Víspera de la ceniza**)

Los autores:

Argentina:

Luis Benítez, Buenos Aires, Argentina, 1956. Obras publicadas:» Guerras, Epitafios y Conversaciones»; «Fractal»; «El Pasado y las Vísperas»; «Selected Poems»; «La Yegua de la Noche»; «El Venenero y Otros Poemas»; «La Tarde del Elefante y Otros Poemas»;»Breve Antología Poética», entre otras.

César Bisso, Santa Fe, 1952. Obra:»Poemas del taller»;»La agonía del silencio»; «El límite de los días»; «El otro río»; «A pesar de nosotros»; «Contramuros»; «Isla adentro»; «Las trazas del agua»; «Coronda»; «De lluvias y regresos».

Julio Castellanos, Córdoba, 1947 Obra: «*Umbrales*», «*Líneas*», «*Elementos, Nubes, Lugares*», «*Poemas del amor*», «*Cercanías*», «*El motivo es la mujer*», «*Residuario*» y «*Jardín a tientas*».

Leopoldo «Teuco» Castilla, Salta 1947. Obra: Veintena de libros, últimos de los cuales son: «El espejo de fuego», «La lámpara de la lluvia», «El árbol de la copla», «Nueva poesía argentina», «Baniano», «Bambú», «Línea de fuego», «Teorema natural», «Libro de Egipto», «Línea de fuga» y «La Nouvelle»...

Eduardo D'Anna, Rosario, 1948. Poeta, ensayista y dramaturgo. Obra: «Muy muy que digamos», «Aventuras con Ud.», «Calendas argentinas», «Los rollos del mar vivo», «Carne

de la flaca», «Obra siguiente», entre otras, en poesía. «La literatura de Rosario», en ensayo.

Luis Francisco Houlin, Venado Tuerto, Pcia. Sta. Fe, 1944. Obra: «Poemas 1962/1984», (1984), «Lugar» (1994), «Sacro» (2000) «Terra» (2008), en proceso de edición.

Guillermo Ibáñez, Rosario, Argentina, 1949. Obra: Últimos libros: «Árbol de la memoria», «De la metáfora, el mito», «26 Poemas Fundamentales», «Libro del viento» y «Les voix de la parole» (www.guillermoibaniez.com).

Ana Victoria Lovell, Rosario. Obra: «De cobre y barro», «Máscaras de familia», «Jardines cerrados al público», «Desde el hastío», entre otros.

Leonardo Martínez, Catamarca 1937. Obra: «Tacana o los linajes del tiempo», «Ojo de brasa», «El señor de Antigasta», «Asuntos de familia y otras imposturas», «Rápido pasaje», «Jaula viva», «Estricta ceniza», «Jardín volátil», «Las tierras naturales» y «Sin resta», entre otros

Alfonso Nassif, Icaño (Pcia. de Santiago del Estero). Publicó *Sed y canto* (Torres Agüero Editor 1995) y *Poemas para el amor y complicidad terrestre* (Editorial Nueva Cisandina- 1998). Es autor del ensayo *La Telesita, una deidad santiagueña. Historia de la chacarera*. Integra la colección *SUMMA POETICA- La poesía en el Siglo XXI*, de la Editorial Vinciguerra y el último tomo de la Antología *Poesía Argentina Contemporánea* de la Fundación Argentina para la Poesía.

Edna Pozzi, Pergamino, Buenos Aires. Su obra abarca entre otros títulos *Tiempo para decir*, *Señales para Gustavo*, *La razón mas impura*, *Ella dijo algo fantástico*, *De mala muerte*, *Palabras que me salven de la muerte*, *Ferocidad de la memoria*, *Cantata a Alejandro*, *La madre*, *Ana de fin de año*, *Cercanías de Adolfo de Ferraris* y *Balada de fin de siglo* (en colaboración), todos de poesía. En novela ha publicado *Las ruinas de la infancia*, *El lento rostro de la inocencia* y *El ruido del viento*.

Ana Russo, Rosario 1949: Obra: «Entre el deseo y el goce», «Las 40» - Antología de Mujeres Poetas de Santa Fe-. A editar: «*El suave erotismo de las luciérnagas*», «Animal de lluvia», «Calendario Azteca», «Fuego de sudestada», «Con ciencia de estado» y «Argentinitos off».

Julio Salgado, Frías, Santiago del Estero, 1944. Obra: Escrito sobre los animales solitarios», «Agua de la piedra», «Caja de fuego», «Paisaje y otros poemas», «El ave acuática» «Trampa natura», «Antología poética».

Reynaldo Uribe, Pergamino, Prov. de Buenos Aires, 1951. Obra: «La cuna de tu sombra», «De espejos, poemas y suicidios», «Ciudad sin sueño», «Juegos de la memoria», «De los laberintos no se sale por arriba», «Los elegidos», entre otros. (www.reynaldouribe.com.ar)

Graciela Esther Zanini, Buenos Aires, 1948. Obra «Rey desnudo», «Moore- Oteriño - Zanini», «Rasputín y otras obsesiones», «Lo que hay» entre otros. Los textos siguientes, pertenecen al libro inédito: «Criaturas».

Venezuela:

Miguel Ramón Utrera: Nació en la población de San Sebastián de los Reyes, estado Aragua.

Publicó *Nocturnal* (1940); *Rescoldo* (1944) y *Aquella aldea* (1962).

Premio Nacional de Literatura.

Elizabeth Schön: Nació en Caracas.

Entre sus títulos están: *La gruta venidera* (1953); *El abuelo, la cesta y el mar* (1968); *Casi un país* (1972); *Encendido esparcimiento* (1981); *Del antiguo labrador* (1983); *Luz oval* (2008). Premio Nacional de Literatura 1994.

Teófilo Tortolero: Nació en Valencia, estado Carabobo.

Publicó, entre otros poemarios: *Demencia precoz* (1968); *Las drogas silvestres* (1973); *55 poemas* (1981); *El día perdurable* (1982).

Premio Bienal «José Rafael Pocaterra», mención Poesía 1990.

Eugenio Montejo: Nació en Caracas.

Entre sus títulos se cuentan:

Élegos (1967); *Algunas palabras* (1976); *Terredad* (1978); *Trópico absoluto* (1982); *Alfabeto del mundo* (1986-2005); *Adiós al siglo XX* (1992); *Partitura de la cigarra* (1999); *Papiros amorosos* (2002).

Premio Nacional de Literatura 1998. Premio Internacional de Poesía y Ensayo «Octavio Paz» 2004.

José Barroeta: Nació en Pampanito, estado Trujillo.

Publicó *Todos han muerto* (1971); *Cartas a la extraña* (1972); *Arte de anochecer* (1975); *Culpas de juglar* (1996); *Elegías y olvidos* (2006).

Premio Bienal de Poesía Miguel Otero Silva, 1982.

Hanni Ossott: Nació en Caracas.

Entre sus libros están: *Espacios para decir lo mismo* (1974); *Formas en el sueño figuran infinitos* (1976); *Espacios en disolución* (1976); *Espacios de ausencia y de luz* (1982); *Plegarias y penumbras* (1986); *Casa de agua y de sombras* (1992); *El circo roto* (1993).

María Clara Salas: Nació en Caracas.

Ha publicado *Dibujos de la sombra* (1978); *Linos* (1989); *Un tiempo más bajo los árboles* (1991); *Cantábrico* (2003).
Ha ganado el Premio Municipal de Literatura de Caracas y la Bienal «José Rafael Pocaterra».

Erasmus Fernández: Nació en Chivacoa, Estado Yaracuy.

Ha publicado *Grietas de asombro* (1977); *Esperas y la ausencia* (1978); *Caminatas* (1980); *Saldadías* (1984); *Oficios de la lluvia* (2000); *Memorias y extravíos* (2001).

Alberto Hernández: Nació en Calabozo, estado Guárico.

Ha publicado entre otros poemarios *Amazonia* (1981); *Última instancia* (1985); *Párpado de insolación* (1989); *Nortes* (1992); *Bestias de superficie* (1993); *Intentos y el exilio* (1996); *El poema de la ciudad* (2003).

En 2000 recibió el Premio Nacional de Poesía «Juan Beroes» por toda su obra poética.

Harry Almela: Nació en Caracas.

Entre sus obras: *Poemas* (1983); *Cantigas* (1990); *Muro en lo blanco* (1991); *Frágil en el alba* (1993); *El terco amor* (1996); *Los trabajos y las noches* (1998).

Obtuvo el Premio Bienal de Literatura «José Rafael Pocaterra» con *El terco amor*.

Milagro Haack: Nació en Valencia, estado Carabobo.

Ha publicado *Temple ajeno* (1990); *Puertas que no me pertenecen* (1991); *Luto de otra boca* (1992); *Cinco mañanas juntas* (2003); *Lo callado del silencio* (2004).

Obtuvo mención de honor en la Bienal «José Rafael Pocaterra» (1987-88). Accésit al Premio Bienal «José Antonio Ramos Sucre», 2007.

Rosana Hernández Pasquier: Nació en Villa de Cura, estado Aragua.

Ha publicado *Ceremonia del horno* (1993); *El envés de los días* (2005).

María Antonieta Flores: Nació en Caracas.

Ha publicado *Canto de cacería* (1995); *Presente que no en ausencias* (1995); *Los trabajos interminables* (1998); *Índigo* (2001).

Ha ganado la Bienal de Literatura «Augusto Padrón», 1995; el Premio Municipal de Literatura de Caracas 1999 y el de la Fundación para la Cultura Urbana, 2001.

Miguel Marcotrigiano Luna: Nació en Caracas.

Ha publicado *Concierto vegetal a la luz de la luna* (1991); *De arcanos y otros signos* (1994); *El mismo juego* (1994); *Dípticos* (1995); *Esta sombra que nos habita* (2005).

Ganó el Premio Mucuglifo de Poesía/ Mérida, 1990.

Gregory Zambrano: Nació en Mérida, estado Mérida.
Entre sus poemarios están *Víspera de ceniza* (1990);
Dominar el silencio (1994); *Ciudad sumergida* (1997);
Desvelo de Ulises y otros poemas (2000).

Indice

Argentina	9
Luis Benítez	11
César Bisso	15
Julio Castellanos	19
Leopoldo Castilla	23
Eduardo D'Anna	27
Luis F. Houlin	31
Guillermo Ibáñez	35
Ana Lovell	39
Leonardo Martínez	43
Alfonso Nassif	47
Edna Pozzi	51
Ana Russo	55
Julio Salgado	59
Reynaldo Uribe	63
Graciela Zanini	67
Venezuela	71
Miguel Ramón Utrera	75
Elizabeth Schön	79
Teófilo Tortolero	83
Eugenio Montejo	87
José Barroeta	91
Hanni Ossott	95
María Clara Salas	99
Erasmus Fernández	103
Alberto Hernández	107

Harry Almelha	111
Milagro Haack	115
Rosana Hernández Pasquier	119
María Antonieta Flores	123
Miguel Marcotrigiano Luna	127
Gregory Zambrano	131

Ediciones Juglaría y Poesía de Rosario
han editado también,
dentro de esta Colección,
las siguientes antologías:

Argentina - Cuba

Argentina - México

Argentina - Perú

y siguen trabajando
hasta completar el proyecto,
que incluye todos los países
de Latinoamérica